



Íconos. Revista de Ciencias Sociales
ISSN: 1390-1249
revistaiconos@flacso.org.ec
Facultad Latinoamericana de Ciencias
Sociales
Ecuador

Panfichi, Aldo; Vich, Víctor
Rumores y fantasías sociales La tragedia de Alianza Lima, 1987
Íconos. Revista de Ciencias Sociales, núm. 25, mayo, 2006, pp. 111-121
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Quito, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50918253010>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Rumores y fantasías sociales

La tragedia de Alianza Lima, 1987

Aldo Panfichi¹

Doctor en Sociología por el New School for Social Research, USA. Profesor Principal del Departamento de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú

Víctor Vich,

Doctor en Literatura Latinoamericana por Georgetown University, USA. Profesor Auxiliar del Departamento de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica del Perú

Email: apanfic@pucp.edu.pe

Fecha de recepción: junio de 2005

Fecha de aceptación y versión final: febrero 2006

Resumen

Este artículo explora las fantasías sociales y leyendas populares que emergieron luego de que el avión que llevaba a los jóvenes jugadores de fútbol del Alianza Lima se estrelló contra el Océano Pacífico, a cinco minutos de su aterrizaje en la ciudad de Lima, Perú, el 8 de diciembre de 1987. Se centra en los mártires de esta tragedia y, específicamente, en las distintas historias que surgieron sobre el hecho. Como revelan las narrativas de las entrevistas, las interpretaciones sobre el desastre se construyen a partir de significaciones sobre políticos corruptos, traficantes de droga y la Armada peruana. El artículo ubica a la tragedia dentro del dramático contexto social y político del Perú de los años 1980s, marcado por la crisis económica, la corrupción, la violencia política y la desesperanza. Como conclusión, argumentamos que las respuestas a ese incidente de parte de los hinchas del club, abrieron la oportunidad para expresar públicamente profundas diferencias políticas y culturales que vive el Perú contemporáneo.

Palabras clave: fútbol, Perú, tragedia, fantasías sociales, guerra sucia, tráfico de drogas, desastres

Abstract

This article explores the fantasies and legends that emerged when a plane carrying the young football team of Alianza Lima crashed into the Pacific Ocean a few minutes before landing in the capital city of Lima, Peru on December 8, 1987. It focuses on the martyrs of this crash and, more specifically, the stories and versions of history that emerged in its wake. As the narrative reveals, these interpretations laid blame for the disaster on corrupt politicians, drug traffickers, and the Peruvian Navy. The article locates this tragedy in the dramatic social and political context of Peru in the 1980s, which was marked by economic crisis, corruption, political violence and despair. Finally, we argue that the responses that this incident provoked among soccer fans offered them an opportunity to express the much deeper cultural and political differences present in contemporary Peru.

Keywords: soccer, Peru, tragedy, social fantasies, dirty war, drugs traffic, disasters

1 Queremos agradecer a José Carlos Rojas por ayudarnos con la realización de las entrevistas y a los amigos de TEMPO (Taller de Estudio de Mentalidades Populares) por sus valiosos comentarios a una versión inicial de este texto. Una versión anterior de este artículo se publicó en inglés en el *Journal Soccer and Society*, Vol. 5, No.2, Summer 2004, Frank Cass Editorial Group, London.

*Quien no ha sentido la tristeza en el fútbol,
no sabe nada de la tristeza.*

Julio Ramón Ribeyro

La tragedia

Luego de la primera rueda del campeonato mundial de fútbol de 1978, la revista Argentina *El Gráfico* calificó al medio campo peruano, el medio campo de Alianza Lima (César Cueto, Teófilo Cubillas, José Velásquez), como el mejor del mundo. Ese año, el equipo blanquiazul volvería a salir campeón nacional (también lo había sido el año anterior) pero luego vendría una mala racha que realmente pareció interminable: tuvieron que pasar dieciocho años para que Alianza Lima volviera a conquistar un título de esa categoría y para que sus hinchas dejaran de sufrir.

A la mitad de ese periodo, específicamente en 1987, el equipo se encontraba totalmente renovado, con una generación de jóvenes estrellas -conocidos popularmente como los "potrillos"- que provenían de sus divisiones menores y que constituían una nueva esperanza del fútbol peruano. Sin embargo, cuando sólo faltaban tres fechas para concluir el campeonato nacional y este Alianza se encontraba en el primer puesto de la tabla de posiciones, todos los aliancistas murieron ahogados en un trágico accidente frente al mar de Ventanilla a pocos minutos de aterrizar en la ciudad de Lima.

El último partido se había desarrollado el 8 de diciembre, en la selva peruana, contra el Deportivo Pucallpa y Alianza había ganado 1-0. La tradición oral cuenta que los jugadores estuvieron "raros", que ni siquiera celebraron el gol que los situó en el primer puesto de la tabla de posiciones. Se insiste en que regresaron al hotel, se bañaron, recogieron sus pertenencias y, sin perder tiempo, se trasladaron al aeropuerto para regresar a Lima lo antes posible. En efecto, el club había alquilado un

avión charter de la Marina de Guerra, el Fokker F-27 (matrícula A-560) que se encargaría de regresarlos a la capital ese mismo día. Dicho avión salió de Pucallpa a las 6:30 de la tarde y tuvo su último contacto con la torre de control de Lima a las 8:05 de la noche. A la 8:15 p.m. fue declarado en emergencia y no se supo más de él.

Un problema con el tablero de mando en la cabina del avión parece haber sido la causa primera del accidente. Ese día la neblina en Lima era intensa y el avión comenzó su descenso. Asustado al no constatar el funcionamiento del tren de aterrizaje, el piloto se conectó con la torre de control para que verificaran lo sucedido. Desde ahí los técnicos le aseguraron que podía aterrizar sin ningún problema. Se cree que el avión fue perdiendo altura y que, al intentar dar la vuelta para regresar al aeropuerto, el ala derecha chocó contra el mar. Este impacto fue fatal.

Curiosamente, esta tragedia sola tuvo un sobreviviente: el piloto, teniente de la Marina, Edilberto Villar. En ella murieron 43 personas: 16 futbolistas, 5 miembros del cuerpo técnico, 4 dirigentes, 8 barristas, 3 árbitros y 7 tripulantes. La estrella máxima era Luis Escobar quien había debutado en el primer equipo a los 14 años (al momento del accidente tenía 18) y se había convertido en la sensación del torneo. Francisco Bustamante (21 años) y José Casanova (24 años) era jugadores que también habían alcanzado mucho renombre y ya integraban la selección nacional. A su vez, destacaban el goleador Alfredo Tomasini (22 años), y los defensas Daniel Reyes (21 años) y Tomas Farfán (21 años). Marcos Calderón, el mejor entrenador peruano de todos los tiempos, murió en dicho accidente lo mismo que José González Ganoza (33 años), "Caico", arquero mítico que llevaba 14 años como titular defendiendo la valla aliancista.

Como hemos subrayado líneas arriba, era consenso general en la prensa deportiva de

aquellos años que este talentoso plantel representaba una real renovación del fútbol peruano y que nuevos tiempos de victoria podían ser inminentes. Por ello, al día siguiente, la radio y la televisión difundieron la infausta noticia con mucho dolor. Una sensación de desconcierto y tristeza se respiró por todo el Perú. De manera espontánea, familiares, hinchas y amigos se dirigieron hacia las playas de Ventanilla o hacia el estadio del club para conseguir mayores noticias y participar conjuntamente del dolor. Todos los medios de comunicación mantuvieron en primera plana los pormenores de la tragedia permitiendo que el sentimiento de pesar permanezca vivo y renovado por varios días consecutivos.

En ese sentido, expresiones colectivas de sufrimiento se repitieron los días siguientes conforme los cadáveres fueron apareciendo en el mar.² Multitudes participaron de dramáticas misas, asistieron a fervorosos partidos de homenaje y despidieron a sus ídolos en dolidos peregrinajes desde los barrios de origen de los jugadores hasta el estadio de Matute, y desde allí, hasta el Cementerio General. De más está decir que los fanáticos agotaron las ediciones especiales de la prensa, así como el conjunto de objetos de recuerdo que comenzaron a simbolizar a los muchachos caídos (fotos, camisetas, posters, etc. Según el decir popular, ellos se fueron de “La victoria a la gloria”.

Las elites y las instituciones políticas se hicieron también presentes. El presidente de la República, Alan García, el Cardenal Juan Landázuri Ricketts y varios ministros de Estado asistieron a las principales manifestaciones públicas de pesar y la mayoría de ellos se declararon aliancistas desde niños. El Consejo Municipal de La Victoria declaró el embanderamiento general del distrito y tres

días de duelo en honor a los muertos. Teófilo Cubillas, retirado del fútbol el año anterior, anunció que si Alianza lo necesitaba, volvería a vestirse de corto y, en efecto, lo hizo tres semanas después cuando el campeonato nacional fue reanudado. Desde Londres, Bobby Charlton hizo pública su tristeza ante la noticia de la tragedia aliancista, rememorando el accidente aéreo sufrido por el club Manchester United, el 6 de febrero de 1958, que provocó la muerte de 8 jugadores, el entrenador, un dirigente, y ocho periodistas. Asimismo, el Peñarol de Montevideo salió a jugar la final de la Copa Intercontinental, en Tokio, con crespones negros en señal de solidaridad con su contraparte peruana.

Hasta aquí va el breve recuento de los principales acontecimientos del accidente. Hay, sin embargo, un actor adicional en el que ahora nos interesa ahondar con mayor detenimiento: la Marina de Guerra del Perú. Como hemos anotado, la Marina era propietaria del avión que esa noche se precipitó al mar y que había sido alquilado por el club, como vuelo charter, para viajar a Pucallpa. Que un avión militar tuviera uso comercial es realmente algo que muestra no sólo la debilidad económica de las instituciones militares sino además la desorganización del fútbol peruano: un Estado pobre cuyos aviones se caen constantemente y un club, sin recursos, que se apoya en la informalidad. Por todo ello, la Marina se mantuvo hermética y sus comunicados fueron parcos y bastante escuetos. Incluso, el día 9 de diciembre, la prensa escrita registró tensos enfrentamientos entre los familiares de los deudos y centinelas encargados de la seguridad de la base naval a donde los primeros habían acudido en busca de noticias y mayor información. Hay testigos que afirmaron que con el objetivo de ahuyentarlos se produjeron algunos disparos al aire.

Lo cierto es que para la opinión pública su hermetismo fue notorio y se radicalizó, aún

2 Es necesario anotar que nunca aparecieron los cadáveres de Luis Escobar, Francisco Bustamante, Alfredo Tomasini, Gino Peña y William León.

más, cuando se prohibió que los familiares de los deudos participaran en la búsqueda de los cadáveres en el mar. Ante los rumores de que el jugador Alfredo Tomasini había mantenido un diálogo con el piloto mientras ambos luchaban por sobrevivir en el mar, los familiares de éste quisieron alquilar una embarcación privada pero no les fue permitido hacerlo. La Marina prohibió el ingreso de toda embarcación civil, y decidió encargarse ella sola de las labores de búsqueda y rescate.

Como podrá suponerse, estos hechos despertaron muchas sospechas en el mundo popular y ello activó la producción de un conjunto de historias destinadas a interpretar lo ocurrido desde una perspectiva “no oficial”. En este artículo queremos sostener que el conjunto de historias que se produjeron por aquellos días articuló una serie de imágenes que revelan hondos desencuentros culturales en el Perú contemporáneo y que funcionaron como una especie de denuncia política sobre el comportamiento de las Fuerzas Armadas en el contexto de la guerra sucia que, en ese tiempo, azotaba cruelmente al país.

El contexto económico y social del desastre

1987 fue un año dramático en la historia del Perú. Iniciada en 1980, la violencia política se había extendido por todo el país e inclusive había llegado a alcanzar a la capital de la República: la ciudad de Lima. La estrategia maoísta de llevar los horrores de la guerra del “campo a la ciudad” tuvo éxito durante estos años en los que la situación económica empezó a declinar aceleradamente –fue el año del intento de la estatización de la banca y el sistema financiero- y el gobierno de turno, a un ritmo impresionante, comenzó a perder todo tipo de legitimidad social.³

En un primer momento, Sendero Luminoso (SL) llevó la guerra a Lima come-

tiendo una serie de asesinatos a altos oficiales de la Marina quienes, desde 1982, se habían hecho cargo de los combates con SL en las denominadas “zonas de emergencia”. En efecto, formados en la Escuela de las Américas, en Panamá, los agentes de la Marina de Guerra del Perú intervinieron en Ayacucho durante los primeros años de la violencia política y, durante varios años, fueron los responsables de la mayor cantidad violaciones de derechos humanos en la región. Hoy se sabe que los aniquilamientos, desapariciones y torturas fueron prácticas comunes y por lo mismo los pobladores llegaron a tenerles tanto miedo a los terroristas de SL como a los propios militares.

Sin embargo, el hecho que aquí nos interesa resaltar fue que las masacres y las ejecuciones extrajudiciales comenzaron a trasladarse a la capital y construyeron en ella poderosos símbolos. En mayo de 1986, un comando de aniquilamiento de SL asesinó al Contra-Almirante Carlos Ponce, miembro del Estado Mayor de la Marina. El hecho tuvo un gran impacto en el escenario nacional y anticipó la contundente reacción política que meses después el gobierno tuvo ante el amotinamiento en las cárceles de Lima. En efecto, el 18 y 19 de Junio de 1986 se produjo en Lima la “Matanza de los Penales”. Aprovechando la realización del Congreso de la Internacional Socialista, los presos por terrorismo se amotinaron en diferentes cárceles exigiendo beneficios penitenciarios. El presidente Alan García tomó la decisión de ordenar que las Fuerzas Armadas sofocaran a los rebeldes y ello causó alrededor de 300 muertos. Según la comisión Ames muchos de los presos, después de haberse rendido, fueron ejecutados con tiros en la nuca por miembros de la Infantería de Marina.

3 Entre 1986 y 1987 la inflación se aceleró de 63% a 110% por año. En 1989, llegaría a la cifra record de 6,000% anual.

La reacción de SL no se dejó esperar y una nueva ola de asesinatos a líderes políticos y sociales invadió la capital. En octubre, el ex Comandante General de la Marina, vicealmirante Jerónimo Cafferata fue asesinado por los miembros de Sendero Luminoso. Así, para 1987 -año de la tragedia aliancista- el Perú se encontraba en el medio de un ciclo de violencia y confrontación generalizada. Las voladuras de torres de energía eléctrica, los denominados “coches bomba” y los asesinatos selectivos eran prácticas comunes durante aquellos tiempos. Nuestra investigación nos ha permitido reconstruir algunas de las historias populares más relevantes que, al interpretar el accidente, comenzaron a introducir nuevos significados en la vida social.

Las historias alternativas

Sostenemos que estos relatos son construcciones fantasmáticas producidas a partir de los temores y los deseos que existen en el sentido común de la cultura popular. Un acontecimiento traumático permite que un conjunto de fragmentarias imágenes -que bien pudieran haber estado latentes en diferentes instancias imaginarias relacionadas con experiencias históricas previas- pasen a ser organizadas al interior de una narrativa mayor y alternativa. Como podrá suponerse, la “verdad” de estas historias no está referida al hecho histórico *en-sí-mismo* sino que ellas dan cuenta de las formas como los individuos procesan culturalmente algunos acontecimientos de su existencia. Por lo tanto, ellas nos sitúan en otro nivel de conocimiento de la realidad social. A través de ellas un conjunto de imágenes sociales relativas a las desigualdades de la sociedad peruana y al rol histórico del Estado en la construcción de la nación, irrumpieron en el espacio público denunciando a la historia oficial y revelando otro tipo de “verdad” sobre lo sucedido.

Al respecto, Gayatri Spivak (1997) ha subrayado que uno de los principales medios de la comunicación subalterna es el “rumor” y que éste muchas veces sirve para estructurar interpretaciones alternativas que motivan la aparición de nuevos significados políticos. Se afirma que la fuerza del rumor puede llegar a desplazar la autoridad de las versiones oficiales y promover un espacio de nuevos movimientos sociales. Así, el rumor es una especie de “espectro” que regresa, un lugar subalterno de persistencia de la memoria y un dispositivo de resistencia frente a la dominación social. Dicho en otras palabras: el rumor es el retorno de un fragmento de la memoria popular que escenifica un fantasma que insiste en su pertinencia.

En el debate latinoamericano, el estudio del rumor nos conduce a los márgenes de la racionalidad oficial y al real desencuentro entre el mundo popular y la institucionalidad dominante. Es decir, gracias al rumor, las imágenes del pasado se introducen en la esfera pública para establecer su crítica al presente. No importa, por tanto, la “veracidad” de las historias sino que interesa, más bien, la composición de sus imágenes, los posibles significados asociados con ellas y la necesidad de transmitir las en un momento y lugar específico.

Por ejemplo, desde tiempos coloniales un fuerte rumor atravesó los Andes insistiendo en la aparición de un personaje destinado a extraer la grasa de los pobladores andinos con el objetivo de mejorar la producción y el sonido de las campanas que se colocaban en las iglesias destinadas a la evangelización. Según este rumor popular, este fantasma, conocido como “pishtaco”, atacaba a los pobladores que andaban desprevenidos en el medio de la noche rural. El paso del tiempo demuestra que la aparición de los pistachos ha sido una constante en la historia peruana y que curiosamente su presencia ha coincidido con las épocas de mayores crisis sociales.

Si ya hemos explicado que durante los años ochenta el conflicto armado pasó “del campo a la ciudad”, entonces hay que subrayar que dicho cambio también trajo consigo la migración de un conjunto de imaginarios sociales asociados a la tradición oral andina, en la cual, por ejemplo, el pistacho volvería a aparecer. Así por ejemplo durante los años ochenta, este personaje ya no tenía como objetivo restaurar las campanas de las iglesias coloniales sino que más bien se había transformado en un enviado del gobierno que tenía como objetivo vender la grasa de sus víctimas para poder pagar la deuda externa.⁴

Con este tan conocido ejemplo solo podremos sostener que la generalización del enfrentamiento armado no sólo produjo muerte y destrucción sino también un gran conjunto de relatos que sirvieron de canales expresivos para que la población peruana pudiera simbolizar buena parte del horror que por ese momento se vivía. Las violaciones a los derechos humanos por parte de los grupos terroristas y de las Fuerzas Armadas fueron hechos recurrentes y el pánico se había realmente apoderado de todos los peruanos.

Entonces, luego del accidente del Fokker comenzaron a emerger una serie de interpretaciones sobre lo sucedido en las que, pensamos, conviene detenerse un instante. Ellas ponen énfasis en representar al Estado peruano como el mayor responsable de la tragedia y, por lo tanto, motivan a construir a los jugadores aliancistas como héroes populares. En última instancia, estos relatos ponen en escena muchas de las tensiones raciales y clasistas que estructuran la realidad social peruana.

4 Así, por ejemplo, un día apareció la siguiente noticia en una conocida revista peruana. “Durante el apagón del 11 de septiembre de 1987, provocado por SL, la población ayacuchana aterrorizada encendió fogatas en las esquinas de los barrios y pasó la noche en “vela” esperando la aparición de los pishtacos que los rumores decían habían sido enviados por el gobierno para atacarlos. La población se organizó en rondas para repeler estos ataques” (*Quehacer*, diciembre 1987).

Comencemos entonces: la historia más común fue la que aseguraba que el avión de la Marina traía grandes cantidades de cocaína escondida en sus bodegas. Se dice que, en pleno vuelo, los jugadores aliancistas se habrían percatado de tal hecho y habrían amenazando a los oficiales con denunciarlos públicamente. Por lo mismo el descontrol dentro del avión fue tal que los militares decidieron ejecutar a los jugadores fusilándolos sin compasión. Ello ocasionó el accidente antes de aterrizar.

“Yo lo tengo claro: el avión traía droga y los marinos se bajaron el avión. Tengo indicios. La libreta electoral de mi esposo estaba casi intacta, solo con un poco de agua. ¿Tú crees que con el agua salada del mar, esa libreta se va a quedar así? No, con tantos días en el mar, esa libreta tendría que estar destruida. Seguro los marinos le pusieron un poco de agua para pasar desapercibidos. Estoy segura que a los muchachos los secuestraron con la intención de desaparecerlos, y así lo hicieron. Hubo otro hecho: el calzoncillo de Marcos Calderón tenía una mancha de sangre que, según su esposa, estaba ahí desde antes del accidente. ¿Cómo es posible que después de tantos días en el mar esa mancha de sangre siga ahí? Por otro lado, los maletines y los chimpunes estaban reventados ¿qué raro no? Yo creo que los jugadores que no aparecieron son porque estaban baleados. Seguro ellos se opusieron a los militares. Mi esposo apareció 8 días después, pero no sé cómo lo han matado” (*Viuda de un jugador fallecido en el accidente*)

“El avión había venido cargado de cocaína y los marinos lo derribaron. Fue parte de una guerra del narcotráfico. El que no se hayan encontrado algunos cadáveres fue porque le cayeron balas, y tenían que desaparecerlos para que no se vean las evidencias. Incluso las partes laterales del avión no fueron encontradas; un vecino marino me dijo que fueron cortadas con soplete. Esto es verosímil por la relación del gobierno, especialmente del Ministro del Interior de ese entonces Mantilla con el narcotráfico. Al piloto le dieron de baja y se fue a Estados Unidos, nunca dio declaraciones o se confrontó con los

familiares, esta es otra evidencia de que estaban coludidos con el narcotráfico”.
(*Barrista, fundador de los “Cabezas Azules”*)

“Unas personas de la Marina nos contaron que era la tercera vez que ese avión venía de Pucallpa y que en las dos anteriores vino con coca. Cuando los periodistas fuimos a averiguar al día siguiente nos metieron bala. ¿Dónde está el piloto? ¿Por qué no declaró? En ese entonces no se podía decir nada, todo el mundo tenía miedo de hablar. Se dijo que el Dr. Orestes Rodríguez tenía un orificio de bala en la nuca; que Caico había sido baleado, y que algunas prendas de Marcos Calderón ni siquiera estaban mojadas. Seguro el avión traía coca y lo estaban esperando, por eso cuando quiso dar la vuelta lo derribaron; eso fue lo que sucedió”.
(*Periodista deportivo*)

En los testimonios anteriores podemos notar que aparecen dos actores antagónicamente enfrentados. De un lado, los jugadores de Alianza Lima y, de otro, los oficiales de la Marina representantes del Estado peruano. Los primeros descubren la naturaleza corrupta sobre la que se asienta una institución tutelar del país (o sea, la naturaleza de una buena parte del funcionamiento del poder en el Perú) y, los segundos -para evitar que dicha verdad sea revelada- no dudan en secuestrarlos, asesinarlos y desaparecerlos sin piedad. Entonces, para este relato el accidente no fue producto de un “error técnico” ni de una contingencia azarosa, sino más bien de una especie de complot político capaz de explicar algo del funcionamiento de país.

Nos interesa, por lo mismo, detenernos en la representación de la “verdad” que el testimonio produce en la construcción de su propio argumento. Para este relato, la “verdad” no debe salir a la luz pues de lo contrario caerían los fundamentos mismos de la vida social. De hecho, la sociedad se funda en una ilusión, una especie de fantasía socialmente necesaria que neutraliza los antagonismos

sociales, garantiza la idea de unidad y contribuye a constituirla simbólicamente (Žizek 1999:15). En tanto la sociedad no puede constituirse como una totalidad transparente a sí misma (nunca es completamente sistemática) necesita -siempre- de una fantasía que sostenga la ilusión de su sutura y totalidad (Laclau y Mouffe 1987:115, Žizek 1999:15). En este caso, esa fantasía implica promover la idea de una sociedad donde no hay corrupción y donde el Estado representa a todos los sujetos por igual.

En esta historia son los jugadores de Alianza Lima los que descubren tal problemática y, por lo mismo, deben morir pues de otra manera destruirían la ilusión armónica -el secreto- sobre el que se funda el pacto social. Es decir, con la “verdad” oculta la sociedad podrá seguir funcionando como si nada hubiese ocurrido. Dicho de otra manera: según estos testimonios, lo que en ese fatídico vuelo los jugadores aliancistas descubrieron fue que el garante tutelar de la sociedad es corrupto, vale decir, que el “gran Otro” ha fallado y, por tanto, que la vida social está fundada en una especie de “núcleo obscuro” que la sostiene.

En efecto, en estas imágenes la corrupción aparece representada como un mecanismo articulador de la vida política y como un elemento casi central en el funcionamiento del Estado. En ese sentido, si sabemos que el Estado es el principal garante de la vida social, y si se demuestra que el Estado es corrupto, entonces la corrupción termina siendo conceptualizada como un sustancial soporte de la vida comunitaria. Desde este punto de vista, es lógico suponer que la “verdad” se vuelva algo realmente incompatible con el funcionamiento del orden social, vale decir, una especie de elemento disruptor que es necesario ocultar y reprimir. Esta historia demuestra que el orden social vigente no puede funcionar sin ocultar ese fundamento aterrador.

De esta manera, los jugadores aliancistas fueron convertidos en héroes ya que dicha categoría “subraya el sentido de posibilidad que una sociedad tiene frente a las circunstancias adversas”. En efecto, un héroe es un sujeto que con un extraordinario acto de sacrificio abre nuevas posibilidades de acción social. Los héroes expanden el rango de posibilidades existentes en una situación histórica dada y permiten que la sociedad pueda imaginarse otro destino. Por ello, los días siguientes al accidente los jugadores aliancistas comenzaron a ser mitificados y muchas otras historias fueron contadas al respecto. Se decía, por ejemplo, “que los integrantes de la delegación aliancista, en un dramático diálogo con el piloto del avión, tras conocerse del percance sufrido por la máquina, prefirieron inmolarsé para no causar la muerte de numerosas personas, que de hecho habría ocurrido si el avión se precipitaba a tierra” (*La Crónica*, 10.12.87).

En todo caso, un héroe siempre representa el sentido de la vida humana en una comunidad nacional y este equipo de Alianza Lima terminó convertido en un cuadro mítico -y sus jugadores en héroes- por la misma composición social en la que estaba formado.⁵ Al respecto, una imagen crucial que circuló luego del accidente puso en escena las tensiones raciales que estructuran a la sociedad peruana. El relato estuvo referido a los avatares de aquellos que sobrevivieron la caída del avión: el piloto Ediberto Villar y el goleador aliancista Alfredo Tomasini. Según un testimonio que la prensa recogió por aquellos días, ambos habían nadado por horas, aferrados a restos del avión, en espera de que

alguien los rescate. Se afirma que Tomasini luchó con mucho coraje por mantenerse a flote mientras mantenía un diálogo con el piloto. El marino habría alentado esta conversación para que el jugador no desfalleciera por el agotamiento, sin embargo, Tomasini no pudo resistir más y se perdió para siempre en el mar de Ventanilla (*La Crónica*, 10.12.87).

Lo interesante aquí son las razones que en el mundo popular se invocan para explicar el destino de Tomasini. Lo primero que se menciona es que a diferencia de los “potrillos” éste no era un jugador nacido en “cuna aliancista”. Es decir, no provenía de las divisiones menores del club, un factor crucial al interior del sentido comunitario y familiar sobre el que se construye la identidad aliancista. En realidad, Tomasini tenía un origen diferente al del resto de sus compañeros: era blanco y pertenecía a una familia de clase alta. Esto, según nuestras entrevistas, significaba que era una persona bien alimentada, fuerte y que sabía nadar perfectamente. No obstante tales diferencias, Tomasini se había declarado aliancista desde niño. Un trabajador del club cuenta que la madre del jugador apoyó a su hijo cuando éste buscó jugar en Alianza y que en poco tiempo él logró integrarse muy bien en un equipo mayormente formado por jugadores de origen humilde. Su estilo fuerte y potente se convirtió en el complemento ideal de la elegancia técnica de sus compañeros.

En todo caso, Tomasini “se había vuelto aliancista” y entonces, al igual que todos sus compañeros, también tenía que morir. En líneas generales, hay que decir que la integración de Tomasini al imaginario aliancista tiene su correlato con la expansión de la hinchada blanquiazul mas allá de las fronteras de “clase” y “raza” que vieron nacer al club a inicios del siglo XX. En efecto, la identidad fundacional de Alianza Lima señala que se trató de un equipo nacido en un barrio popular -de trabajadores textiles y de construcción civil-

5 Otra historia de variante racista afirmó que el avión se cayó a causa de la falta de experiencia de los jugadores aliancistas. Se dice que a la hora de aterrizar uno de ellos se habría puesto muy nervioso y que contagió el pánico al resto de sus compañeros. Frente a esta situación, el piloto tuvo que abandonar la cabina para tranquilizar a los jugadores y así, fuera de control, el avión se precipitó sobre el mar.

en su mayoría de raza negra. Por décadas, Alianza Lima fue uno de los símbolos más poderosos de prestigio y reconocimiento de los negros en el Perú. Sin embargo, determinados cambios en la sociedad peruana terminaron por debilitar las iniciales fronteras raciales y clasistas en favor de otro tipo de factores que comenzaban a apelar a todos los grupos sociales. De ser únicamente el equipo del pueblo, Alianza Lima pasó de ser el equipo de todos, vale decir, de algo de lo más intenso que ocurre en este país.

Comentarios finales

¿Cuáles son los deseos, las experiencias y los miedos que articulan la producción de estos relatos? ¿Cuál es la relación entre las imágenes ahí representadas y la historia social de un país atravesado por la inestabilidad política, la violencia social y la exclusión de la mayoría de sus pobladores? En principio, no es difícil darse cuenta que dichas historias expresan una profunda suspicacia de la sociedad respecto del comportamiento del Estado peruano, en particular de las Fuerzas Armadas: terrorismo, ejecuciones extrajudiciales y tráfico de drogas aparecen como los reales motivos detrás de las contingencias. Es decir, aquí se transforma el sufrimiento aliancista en un hecho altamente político y, desde la fantasía subalterna, se imagina y se propone una imagen sobre el ejercicio del poder en el Perú.

En efecto, la constante complicidad de las Fuerzas Armadas con el narcotráfico y la recurrencia de las ejecuciones extrajudiciales son dos imágenes que aparecen obsesivamente en los distintos testimonios recogidos y que, en nuestra opinión, señalan la aterradora (o casi terrorífica) percepción que el mundo popular ya tenía del funcionamiento del Estado peruano en aquellos momentos. No será hasta después de más de una década cuando con la aparición de los “vladivideos”

(los videos grabados por Vladimiro Montesinos) y con los resultados de las investigaciones de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación, estas imágenes adquieran, hoy en día, mayor sentido. Ellas pusieron en escena significados latentes y tuvieron como finalidad última la denuncia política, es decir, funcionaron como un canal por donde fueron saliendo a la luz un conjunto de denuncias sobre lo que estaba sucediendo en el Perú de aquellos días. Como puede notarse, ellas terminaron por representar al Estado peruano como una institución corrupta y criminal.

Queremos insistir, por ello, que no se trata de producciones imaginarias o irracionales sin ninguna conexión con la realidad ni, menos aún, se trata de la construcción de un mundo paralelo dominado por la alucinación y el delirio. Más bien, se trata de una terca voluntad popular por “atravesar la fantasía” y encontrarse con el fundamento de lo real. Para Ubilluz (2003), esta necesidad implica la identificación con todo un conjunto de antagonismos que deben ser motivo de reconocimiento y reflexión. Aunque por lo general estas historias son catalogadas como absurdas y circulan en ambientes muy desprestigiados, lo que nosotros vemos aquí es el “síntoma” de algo que no funciona bien, vale decir, una especie de verdad sobre el Estado peruano que todos conocen, incluso murmuran, pero que nadie se atreve a denunciar.

Como hemos explicado líneas arriba, este tipo de relatos surgen de una necesidad de inteligibilidad, vale decir, de la necesidad de comprensión de un acontecimiento traumático: algo que en primera instancia se presenta confuso e impenetrable. Es decir, ante la imposibilidad de aceptar un hecho contingente, este tipo de historias se presentan como una respuesta a la necesidad de control emocional sobre lo sucedido. Ellas postergan el duelo, hacen tolerable el dolor y dotan de coherencia racional a un hecho contingente. La necesidad de que exista un “otro” culpable

y la urgencia de convertir a los jugadores en “mártires” o “héroes” es una reacción característica cuya finalidad principal consiste en convertir el dolor en rabia. Se trata, entonces, de intentar proporcionarle orden y sentido a un acontecimiento que se presenta como inexplicable y traumático.

Por lo mismo, hay en todas ellas un implícito relato de heroicidad que tiene que ver con las imágenes que los propios acontecimientos desataron. Es curioso que la única persona que se salvó de la tragedia haya sido una fundamentalmente distinta a todos los demás del grupo. Frente a esto, la muerte de los futbolistas fue asumiendo un significado mayor que se fue relacionando con la restitución de valores populares hasta ese momento oscurecidos por la corrupción y el crimen. En estos relatos, la imagen de los “potrillos” se construye, en el imaginario popular, como la posibilidad de sortear obstáculos, forzar los límites de lo social y alcanzar la inmortalidad. En este proceso los héroes rompen con el estrecho marco cultural e histórico en el que nacieron y se convierten fronteras de crítica y posibilidad:

“No, no, mi hijo no está muerto; por eso yo nunca le he hecho misa de difunto sino sólo de salud. Acá no hubo “mano de Dios” sino mano del hombre; acá paso algo raro. Sigo teniendo esperanza de volver a verlo. Él no ha podido morir ahogado porque mi hijo era muy católico, iba siempre al oratorio de Maria Auxiliadora. ¿Dónde están? No sé, se lo han llevado a otro lugar, o no viajaron. Algo raro ha sucedido: una vez se lo dije a Jaime Bayly en TV; ya había pasado eso del barco de la Marina que encontraron con droga en San Diego. Entonces yo le dije que la Marina estaba metida en droga. Ese avión traía droga y no cayó al mar, sino en la orilla. Además ¿qué casualidad que sólo el piloto se salvó? Si tuviera al piloto frente a mí, lo tra-

taría de cobarde. ¿Por qué nunca se entrevistó con las madres de los muchachos para decir qué pasó? Porque él sabe la verdad. Ahora yo puedo decir la verdad: ¡qué me va a pasar! Si ya estoy vieja y no tengo miedo a nada. Además, yo tenía otro hijo de la Marina, Mario de 32 años, y un año y medio después de la tragedia murió, de un momento a otro se le presentó la leucemia. Para mí que pensaban que estaba investigando. Para mí que hubo represalias contra él. (*Madre de un jugador fallecido*)

Lo cierto es que el mundo popular necesita de la producción de héroes y los jugadores aliancistas tenían todas las características para convertirse en ellos: venían de hogares pobres, eran jóvenes, tenían un futuro brillante y, según estos testimonios, estaban comprometidos con la “verdad”. Sin duda, la necesidad de construir héroes corresponde con un interés político y simbólico que los grupos subalternos necesitan en su afán de legitimarse socialmente. En el medio de una cultura como la peruana donde el racismo es estructural y donde la cultura del “ninguneo” es una práctica cotidiana, en aquél año -y en el medio de la violencia política- los potrillos aliancistas representaron una imagen distinta del mundo popular: aquella virtuosa que se luce como honesta, elegante y triunfadora.

Dice Zizek que la fantasía es una narrativa que proporciona una significación ahí donde hay mucho más caos que sentido. La fantasía, en efecto, es capaz de inteligir verdades emocionales que la mera razón no alcanza a comprender (Bauza 1998:156). En ese sentido, podemos terminar sosteniendo que estos testimonios son formas históricas culturalmente determinadas que articulan tanto experiencias vitales como deseos inconscientes de real importancia en el espacio social. Pensamos, por tanto, que deben ser tomados en cuenta

ya que con sus símbolos y paradojas apuntan a dar cuenta de “otro tipo” de verdad y “otro tipo” de conocimiento de la realidad social.

Bibliografía

- Bauza, Hugo, 1998, *El mito del héroe. Morfología y semántica de la figura heroica*, Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- Fenn, Richard, 2001, *Beyond Idols. The shape of secular society*, Oxford University Press, New York.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe, 1987, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia. Siglo XXI*, México D.F.
- Millones, Luis, Aldo Panfichi y Víctor Vich, 2002, *En el Corazón del Pueblo. Pasión y Gloria de Alianza Lima 1901-2001*, Fondo Editorial del Congreso del Perú, Lima.
- Panfichi, Aldo, 1994, “La Alianza de todos los colores”, en *Quehacer* No. 87, DESCO, Lima.
- Panfichi, Aldo y Jorge Thieroldt, 2002, “Barras Bravas: Representation and Crowd Violence in Peruvian Football”, en Eric Dunning, Patrick Murphy, Ivan Waddington, Antonios Astrinakis, *Fighting Fans: Football Hooliganism as a World Phenomenon*, Irlanda.
- Spivak, Gayatri, 1997, “Estudios de la Subalternidad. Deconstruyendo la historiografía”, en Silvia Rivera y Rossana Barragán, compiladoras, *Debates PostColoniales. Una introducción a los estudios de la subalternidad*, Sephis, Aruwiwiri, La Paz.
- Ubillus, Juan Carlos, 2003, “El sujeto criollo y el montecínismo” (Manuscrito inédito), Tempo, Lima.
- Zizek, Slavoj, 1999, *El acoso de las fantasías*, Siglo XXI, México.

Periódicos

- El Nacional* (varios días, diciembre 1987)
- La Crónica* (ídem)
- El Comercio* (ídem)
- Expreso* (ídem)
- Ojo* (ídem)
- La Republica* (ídem; 3.01.88)
- Hoy* (9.12.87)

Revistas

- Caretas* No. 985 (14.12.87); No. 986 (30.12.87)
- Oiga* No. 359 (14.12. 87); No. 360 (21.12.87)
- SÍ* No. 43 (14.12.87)
- Que Hacer* No. 86 (10.12.87); No. 87 (12.12.87)